

Nuestra emigración. Perspectiva vasca en Venezuela

Euzko-Deya [Buenos Aires], 1962-07-30: 4-5.

Los vascos que hemos venido llegando a Venezuela desde 1939 hemos topado con viejos y hasta distinguidos antecedentes de familia.

Es cierto que no todos los que nos precedieron fueron unos santos. ¡Cómo, si ni siquiera fueron todos cuerdos! ¡Ahí tenemos al dr. Oñate arreando todavía espantos en la imaginación marinera de los margariteños! No, no todos los que vinieron antes que nosotros fueron Bolívar y Urdaneta. Pero cuando llegaron los primeros tres barcos de exiliados políticos ("Cuba", "Flandre" y "Bretagne") entre julio y agosto de 1939, esta tierra no era extraña a nuestra tradición migratoria, y la herencia venezolana no nos era, ni mucho menos desfavorable.

¿Desde cuándo han venido llegando vascos al país?

El historiador José Antonio de Armas Chitty nos decía en una ocasión que ya en Cubagua y por 1500 aparecen un Ochandiano y un López de Arechuleta acompañando a Pedro de Barrionuevo, el primero que construye una casa en Nueva Cádiz. Después, con Tolosa "comienza ya en la antigua Provincia de Venezuela un concepto distinto de la acción colonizadora, pues se abren nuevas rutas, se organiza el gobierno, se fundan pueblos, se estimula el comercio y a orillas del Orinoco y del Apurito, Juan Ochoa Gresala y Aguirre, caraqueño descendiente de vascos "funda Nueva Cantabria y crea riqueza".

Arístides Rojas nos refiere que los que vinieron llegando después perseveraron "en su labor civilizadora hasta el fin de sus días; dejaron a sus hijos por herencia provechosa las virtudes del hogar y el amor al trabajo y a la Patria, continuando su obra en nuestra guerra magna, en nuestras luchas por la libertad y el progreso".

Sin embargo, después de la Compañía Guipuzcoa la tradición de la emigración vasca hacia Venezuela se interrumpió. Arístides Rojas se lamenta de otras preferencias, y recuerda generosamente a los vascos que "aquí estuvo" un día "su centro americano".

Sin abandonar el tradicional norte atlántico da su corriente migratoria, el vasco había movido su centro americano hacia el Uruguay y la Argentina; y merced a la prosperidad de esta emigración podemos decir hoy, como los irlandeses, que nuestro pueblo cuenta con más hijos en América que en el pedazo de tierra cantábrica de donde salieron.

En cuanto a los irlandeses, su relación con América se ha venido reduciendo casi exclusivamente a los Estados Unidos. Esto ha hecho que después la influencia norteamericana en el destino político de Irlanda haya podido adquirir un poder en profundidad que a nosotros se nos ha ido dispersando en extensión. Porque el vasco ha ido a la Argentina y al Uruguay, sí, pero también ha venido a Venezuela, y ha ido a Chile, al Paraguay, a Bolivia, al Ecuador, a Cuba, a Santo Domingo, a Costa Rica, a Nicaragua, a Guatemala y a México, y en todos estos países ha dejado el pequeño pueblo

de campesinos y pescadores que somos una huella de industria, de civismo y de tradición libertaria que no puede sino enaltecernos, pero ninguna de estas naciones tiene el poder político y económico de la nación norteamericana, y, sobre todo, en ninguno de estos pueblos americanos, acaso excepto Argentina y Uruguay, nuestra aportación demográfica ha sido lo suficientemente densa como para permitirnos esperar el movimiento de opinión pública que se despertó en los Estados Unidos para reclamar el derecho de autodeterminación de Irlanda.

Pero hay, entre todos estos pueblos americanos en que se ha ido manifestando económica y políticamente la influencia del elemento vasco: dos países en que las consecuencias han sido (y por dos motivos diferentes) más significativas: Argentina y Venezuela; en Argentina, debido a la continuidad y al volumen del aporte humano, y en Venezuela, por el carácter político de la reciente emigración.

Ha sido en los Estados Unidos, a la luz de las relaciones entre norteamericanos e irlandeses donde se me ha aparecido con mayor claridad la forma en que Venezuela está influyendo desde hace más de veinte años en la vida política del pueblo vasco.

Las similitudes entre las relaciones americanas de Irlanda y Euzkadi comienzan con un acusado parecido histórico de los pueblos mismos.

Como el irlandés, el vasco se distingue por ese apego terco a la tierra y a la libertad. Ambos continúan en América siendo irlandeses y vascos. No por falta de lealtad a la nueva tierra, sino, primero, por una necesidad de carácter psicosocial porque como la expresión de sus personalidades nacionales ha sido reprimida hay un factor de frustración que mantiene vivo y hasta agresivo un elemento de identificación de grupo, y, segundo, por razón de que las dos lealtades no son en el hombre sino una sola expresión de lealtad. (Mal puede el que reniega de su tierra de origen tener alguna lealtad hacia la de adopción).

La historia moderna de estos dos pueblos, los más viejos de Europa, es una constante de luchas por recobrar su libertad. Luchas armadas cuando no ha habido caminos abiertos al diálogo, y luchas cívicas en los parlamentos y en las urnas electorales cuando alguna vez estos caminos se han abierto a la razón democrática, como a los vascos peninsulares se nos abrieron con el advenimiento de la República en España en 1931.

Los dos han sido pueblos de emigrantes; quiere decirse que sus hijos se han ido sumando con generoso sentido universal y democrático a empresas de otros pueblos en lugar de usar sus fuerzas vitales para dispararse en empresas de cruzados, en que siempre resulta algún pueblo crucificado.

Y desde que fueron históricamente atropellados, Irlanda y Euzkadi han venido luchando por su autodeterminación. Desde luego que mucho antes de que la Sociedad de las Naciones adoptase los catorce puntos de Wilson al final de la primera guerra mundial, y mucho antes de que se concibiese la carta de las Naciones Unidas, ya indicadores de tiempos en los que el derecho no la fuerza, de las voluntades nacionales van reemplazando hasta en las selvas de Africa y Asia los caprichos y las ambiciones políticas de los autócratas que establecieron el orden político que heredamos. Y no para levantar nuevas fronteras de un nacionalismo estrecho ya pasado de moda, sino para permitir el establecimiento de un orden democrático que nos acerque a los pueblos en el

plano del respeto mutuo de las nacionalidades. Sólo esta base de democracia humana ya ampliamente aceptada en el concierto internacional permitirá esa unidad económica y política supranacional que ya está en puertas.

Hasta aquí coinciden en muchos aspectos las historias y las aspiraciones de Euzkadi y de Irlanda. Sólo que Irlanda consiguió su completa independencia en 1949, después de más de 703 años de sometimiento a la corona inglesa y Euzkadi continúa enfrentándose en la Resistencia interior y en el exilio a este imperialismo que viene ahogando los derechos de la nación vasca desde octubre de 1939, ya vamos para los 123 años.

Es precisamente con este Centro Vasco de Caracas cuyos veinte años estamos celebrando como Venezuela comenzó a jugar un papel importante en el mantenimiento de nuestras instituciones democráticas puesto que sin la ayuda de los vascos que han venido llegando a estas tierras desde 1939 no hubieran podido subsistir en el exilio; de la misma manera que sin la ayuda de los "fenians" en los Estados Unidos no hubieran podido los patriotas irlandeses continuar luchando contra Inglaterra.

Con el mismo propósito con que De Valera, el primer Presidente de la República de Irlanda (todavía no reconocida por los ingleses) se presentó en los Estados Unidos en 1919 también llegó muchas veces a Venezuela don José Antonio de Aguirre, el primer Presidente de Euzkadi. Y de la misma manera que De Valera en Norte América, Aguirre fue homenajeado en Venezuela con honores que lo conmovieron. Como cuando fue recibido por el Concejo Municipal de Caracas y por el Ciudadano Presidente de la República en 1959.